

EL CONCEPTO DE REALIDAD Y REALIDAD PSÍQUICA EN EL PSICOANÁLISIS COMO EJEMPLO DE LAS DIFERENCIAS ENTRE FREUD Y FERENCZI

Lewis A. Kirshner

SUMMARY

In this paper, the concepts of reality and psychic reality are discussed in relationship to a number of controversies about the therapeutic and scientific aims of psychoanalysis, as illustrated by the disagreement between Freud and Ferenczi. Because the nature of psychic reality is necessarily incomplete and indeterminate, there are inherent limitations and dangers to any psychoanalytic attempt to discover historical and experiential truth. Modell's interpretation of Nachträglichkeit ("deferred action") as "retranscription" expresses the ambiguity of psychic reality in analysis, which is not fixed or foundational but part of an evolving inner and outer dialogue in relation to new experience. It is argued that Freud accepted this ambiguity, while Ferenczi sought to overcome it through modifications of technique.

Key words: reality, psychic reality, epistemology, fantasy, truth.

RESUMEN:

En este artículo, se discuten los conceptos de realidad y realidad psíquica en relación con varias controversias sobre los objetivos terapéuticos y científicos del psicoanálisis, tal como queda ilustrado en el desacuerdo entre Freud y Ferenczi. Dado que la naturaleza de la realidad psíquica es necesariamente incompleta e indeterminada, existen limitaciones y riesgos en cualquier intento psicoanalítico por descubrir la verdad histórica y experiencial. La interpretación de Modell del Nachträglichkeit ("acción diferida") como "retranscripción", expresa la ambigüedad de la realidad psíquica en el análisis, como algo que no es ni fijo ni fundamental, sino parte de un diálogo interno y externo evolucionando en relación con nuevas experiencias. Se argumenta que mientras que Freud aceptó esta ambigüedad, Ferenczi habría intentado superarla a través de modificaciones en la técnica.

Palabras clave: realidad, realidad psíquica, epistemología, fantasía, verdad.

Las interrogantes acerca de la realidad -que sabemos de lo que es real o verdadero y cómo es que lo sabemos- han confundido la teoría psicoanalítica desde que Freud introdujera su teoría de la seducción en la génesis de las neurosis y, aun más, están fuertemente ligadas con el actual debate sobre el estatus del psicoanálisis como ciencia. En este artículo, remito a las implicancias clínicas de nuestros supuestos sobre la realidad, tal como se ejemplifica en la diferencia entre Freud y Ferenczi en relación a la importancia relativa del trauma versus la fantasía en el trabajo analítico. En el núcleo de esta controversia existen importantes temas conceptuales sobre la naturaleza de la experiencia humana y la subjetividad, tal como son entendidas por el psicoanálisis.

Mi objetivo es redefinir los dilemas clínicos en torno a los cuales giró el debate entre Freud y Ferenczi, dentro del contexto de los enfoques filosóficos contemporáneos del conocimiento y el conocer, los que pueden ayudarnos a una mejor comprensión de la particular posición de la práctica psicoanalítica. Siguiendo la interpretación de Modell (1968,1990,1991) de la realidad psíquica y su construcción dentro del encuadre analítico, argumento que las posiciones contrastantes de Freud y Ferenczi reflejan actitudes complementarias esenciales para el trabajo analítico.

PSICOANÁLISIS Y EPISTEMOLOGÍA

Resumiendo brevemente una compleja historia, pienso que cualquier estudioso en nuestro campo, debería conocer de los esfuerzos conceptuales del psicoanálisis por llegar a ser una ciencia empírica, como lo ha mostrado Grünbaum (1984) y Mackay (1989).

Esta concepción plantea la existencia de un nivel de realidad determinado y fundamentalmente cuantificable -fuerzas y estructuras- que sustentan los fenómenos mentales observables, de modo que el análisis tendría el potencial de especificar las causas subyacentes a la neurosis, tal como un hematólogo podría hacerlo con la anemia. Freud y Ferenczi, ciertamente expresaron esta propuesta la mayor parte del tiempo, no obstante desearía mencionar en este trabajo, la profunda y esencial ambigüedad en la posición de Freud acerca de la realidad, la que ha llegado a ser la base implícita de nuestro trabajo analítico. Ambigüedad expresada bajo la forma de ciertas paradojas fundamentales sobre nuestra habilidad de conocer la verdad psíquica y la histórica, que en mi opinión Ferenczi pudo haber sido renuente a aceptar, incluso a pesar del costo que esto tuvo para él.

El psicoanálisis se desarrolló en una atmósfera empirista post-Kantiana, en la cual para la ciencia, si bien lo das Ding -la cosa en sí- aparece como imposible de alcanzar, puede ser entendida como algo que acerca al hombre a ello. Los precursores científicos de Freud se percibían en el esfuerzo de intentar representar la realidad acuciosamente, para leer en el libro de la naturaleza tal como Francis Bacon lo había soñado. Hoy por hoy, nuestra perspectiva intelectual es bastante distinta, con un retraining general del optimismo epistemológico de la generación científica de Freud. Ya sea en los términos enunciados por Kuhn (1962) quien cuestiona la afirmación de una realidad objetiva que es descubierta por la ciencia, o en los términos del biólogo evolucionista Gould (1992), quien observa que lo das Ding no existe afuera, y por tanto ningún reino eterno de la verdad proyecta sus sombras dentro de la cueva de nuestra ignorancia; parecemos aceptar que no existe la cosa última en sí, sino sólo nuestras múltiples y diferentes concepciones de realidad.

Menos radicalmente, los científicos pueden adscribirse a la posición de Popper (1963) quien plantea que en tanto la realidad o la verdad sean de hecho desconocidas, es posible usar pruebas empíricas en la búsqueda de disconfirmar teorías falsas. Esta posición falsificacionista ha sido una de las más usadas frecuentemente para desacreditar al psicoanálisis (Nagle 1959; Popper, 1963) en tanto éste no ha sido capaz de satisfacer este criterio de ciencia verdadera. En contra de esta distinción Kuhn (1962), Habermas (1970,1971), Putnam (1981, 1987), Rorty (1979) y otros, han sostenido que incluso la ciencia física no ha progresado básicamente a través de la prueba de falsificación, sino a través de una clase de proceso social y político de consenso entre los especialistas, cuyos datos reflejan decisiones y elecciones acerca de qué es lo relevante e importante de observar y clasificar. Sin embargo, en el supuesto caso de una disputa acerca la exactitud estos juicios, el veredicto final dependería, en un escenario imposible, de una tercera persona objetiva, que pudiera determinar cual punto de vista calza mejor con lo que “realmente es”. La existencia de tal trascendente realidad es precisamente lo que muchos filósofos contemporáneos han intentado refutar, tal como lo ilustra Rorty (1979) en su ampliamente leído artículo sobre “La filosofía y el espejo de la naturaleza”. La naturaleza no existe “allá afuera” para ser leída como a un libro, sino que es siempre una construcción de nuestro intelecto e imaginación humana.

Su pragmatismo y anti-realismo, permitieron a Rorty la aceptación del psicoanálisis como una empresa humana útil a pesar de sus limitaciones metodológicas. De hecho, la definición de realidad del pragmatista americano C.S. Pierce como “ la opinión que, finalmente, es decidida por el acuerdo de todos los que investigan” - esto es, posicionando la “verdad” en el logro de un proceso social de comunicación compartida entre los investigadores- parece sustentar una amplia concepción de ciencia, en la cual el psicoanálisis puede participar. Este es el eje de la interpretación lingüística que hace Habermas de la “lógica de la interrogación” de Pierce. Sin embargo, Pierce (1955) también acentúa la metodología de investigación, requiriendo definiciones estrictas de los conceptos, experimentación, y falsificabilidad, para diferenciar la búsqueda científica del conocimiento, de otros conocimientos basados en la tradición, las creencias o la autoridad. En este punto, se funda el problema epistemológico del psicoanálisis, el que, como es sabido, difiere claramente de las ciencias naturales en cuanto a su materia de estudio y su metodología. Este es, de hecho, el dilema que los filósofos hermenéuticos como Habermas intentan consignar.

Tal como ha resumido elegantemente Steele (1979) los hermenéuticos sustentan por completo la división entre lo que Freud llamó (1925) “materias humanas y objetos naturales”, proponiendo distintas formas de investigación propias de cada dominio. Esto ha llevado por tanto a una gran preocupación en relación a la credibilidad científica de nuestra empresa psicoanalítica, dentro del debate contemporáneo sobre la naturaleza de la verdad psicoanalítica (Hanly 1990; Spence 1982). Sucintamente, la posición hermenéutica sostiene que los objetos naturales pueden ser explicados a través de construcciones causales, ya que pueden ser reducidos a elementos abstractos o generales (masa, volumen, velocidad, etc) los que pueden ser manipulados en relaciones formalizadas (leyes); mientras que las entidades sociales, como productos históricos únicos, sólo pueden ser interpretados o comprendidos.

Varios filósofos analíticos han tomado una postura similar (Hopkins, 1982) en relación a que el comportamiento humano sería guiado por intenciones y deseos, los que no pueden ser operacionalizados en la forma de variables independientes (causas) con manifestaciones predictibles, sino que sólo podrían ser definidos en referencia a un conjunto, siempre en expansión, de creencias y deseos de la persona involucrada. A diferencia del enfoque que la ciencia natural tiene acerca del comportamiento, el psicoanálisis estaría menos interesado en los hechos externos y observables, y más en los internos y subjetivos. (Ricoeur, 1970:). La conclusión de Habermas de que “las categorías de sustancia y causalidad, espacio y tiempo, tienen diferentes significados, de acuerdo a si son aplicadas a los objetos en el mundo o a los sujetos actuantes y hablantes” reconoce esta distinción. “Lo que está en discusión”, escribe (1971) “no es una categoría de significado tomada del sistema conductual de la acción instrumental(...) sino que es una cuestión mas bien de significado (...) toma forma en el curso de la acción comunicativa y se articula reflexivamente”. A partir de esto deriva su definición de psicoanálisis como un proceso auto-reflexivo que permite a los pacientes comprender retrospectivamente su propia realidad psíquica, en otras palabras, reconstruir los significados personales perdidos.

El tema de la reconstrucción aparece como el eje fundamental de la contemporánea crítica teórica que los filósofos de las ciencias hacen al psicoanálisis, y del desacuerdo clínico entre Freud y Ferenczi. ¿Cuál es la naturaleza de la realidad subjetiva que el psicoanálisis busca reestablecer? El concepto de Freud de *Nachträglichkeit*, inexactamente traducido por Strachey como “acción diferida”, se refiere al poder reestructurador del conocimiento posterior sobre las experiencias tempranas, un concepto traducido más inteligentemente por Modell (1990) como una “retranscripción” de la realidad, una nueva forma de categorizar las experiencias pasadas. El problema radica en si dicha retranscripción involucra un proceso de aproximación a los verdaderos hechos de la historia, tal como lo ha concebido tradicionalmente el psicoanálisis, o por el contrario es más parecida al modelo hermenéutico de la interpretación coherente de la realidad subjetiva. A pesar de que Freud y Ferenczi, ciertamente pretendieron una reconstrucción acuciosa de la realidad histórica, como se ha argumentado anteriormente, ellos entendieron la naturaleza de esta realidad en forma bastante diferente. Por su parte, Freud adhirió a un paradigma observador-observado, en el cual el analista tomaba el rol de investigador científico neutral, mientras Ferenczi introdujo un modelo dual, en el cual el descubrimiento de la verdad dependía del comportamiento del analista, quien era en todos los sentidos un participante. Esta última perspectiva aparece como una invitación a un enfoque hermenéutico.

EL DESACUERDO FREUD/FERENCZI

Ferenczi compartió el *Weltanschauung* científico de Freud. El, por ejemplo, argumentó (1928) en oposición a Watson, que los datos psicoanalíticos, a pesar de no ser mensurables, son sin embargo hechos equivalentes a los de cualquier ciencia, y expresó la visión optimista de que debido a que todos los analistas son analizados, ellos harían interpretaciones equivalentes de los datos. (Ferenczi, 1928b) Estas visiones, son más conservadoras que las de la mayoría de los analistas contemporáneos. En general el retrato familiar de Ferenczi como un curandero apasionado y de Freud como un constructor de teorías desinteresado, son estereotipos simplistas. Ferenczi se dedicó a la teoría, en su principal trabajo *Thalassa*, mientras Freud, ciertamente mostró celo terapéutico en más de una ocasión. La misma premisa se aplica a la familiar distinción entre el énfasis de Ferenczi en el trauma y el de Freud acerca de la fantasía en la etiología de la neurosis. Como muestran los estudios de Sabourin (1985) los dos colegas no eran tan divergentes en sus

planteamientos, sino que desarrollaron un contrapunto dual en torno a estas dos principales aproximaciones, a través de su correspondencia.

A pesar de estas observaciones, como concluye Judith Dupont en sus conclusiones al *Diario Clínico*, Ferenczi (1932b) focalizó sus esfuerzos en expandir las fronteras de la práctica psicoanalítica y en experimentar con la técnica, mientras Freud demostraba sostenidamente su preferencia por materias más abstractas. Puede atribuirse algún mérito a la hipótesis de que debido a su fuerte interés clínico, su compasión por los pacientes y su interés teórico en las consecuencias del trauma, Ferenczi se hubiese visto compelido a buscar más y más los hechos históricos que pudieran explicar el sufrimiento y los síntomas que él encontraba. En este sentido emprendió la reexploración de los efectos del abuso sexual, virtualmente ignorados por los analistas, y a examinar el impacto del “trauma primario” en la temprana relación del niño con la madre (Ferenczi, 1929). Junto con su énfasis en la empatía como herramienta principal del analista (Ferenczi, 1928b) se anticipó a los actuales desarrollos en la investigación infantil y en las teorías de la psicología del Yo.

La controversia acerca del artículo de Ferenczi “La confusión de lenguas” (1933) provee un punto de partida útil para explorar sus diferencias con Freud. En este significativo artículo, que directamente alude al evitado tema del abuso sexual infantil, Ferenczi acentúa el impacto traumático del lenguaje adulto de la pasión sexual sobre el niño, quien habla un lenguaje de ternura. Incapaz de asimilar esta nueva realidad del deseo, el niño escinde su Yo, rechazando su percepción del trauma y las actividades cognitivas asociadas a él y a menudo sustituyendo la falsificada realidad adulta por la suya. De esta manera el trauma impide la capacidad del niño para evaluar la realidad, una tendencia que puede subsecuentemente ser reactivada en el tratamiento psicológico, donde el paciente puede conformarse a las interpretaciones autoritarias del analista. De hecho, dice Ferenczi, a menos que el analista establezca activamente un tipo de relación diferente con su paciente, en la cual se manifieste aceptación e igualdad, tiene pocas opciones de ayudar a su analizando a descubrir la verdad histórica de su pasado traumático.

A pesar del severo retrato, que por implicancia, Ferenczi diseñó de sí mismo en este ensayo, Freud sostuvo una actitud compleja y ambivalente acerca de lo que los psicoanalistas podrían ser capaces de conocer sobre la realidad de sus pacientes. Mientras se mantuvo adscrito al empirismo de las ciencias naturales, se mostró escéptico acerca de la posibilidad de conocer una realidad inconsciente a la cual no se tiene acceso directo. Freud escribió en su ensayo “El inconsciente” que: “tal como Kant nos previno de omitir el hecho de que nuestras percepciones, aunque cognoscibles, están condicionadas subjetivamente y no deben ser vistas como idénticas a lo que es percibido, el psicoanálisis, del mismo modo, nos previene de no igualar la percepción a través de la conciencia, con los procesos mentales inconscientes que son su objeto”. Para Freud, como para Kant, nuestra percepción del “mundo real” no es el “mundo real” en sí mismo, una posición que él reiteró en su *Outline* (Freud, 1940). En este artículo, hizo notar que, como otras ciencias, el psicoanálisis está obligado a hacer hipótesis acerca de procesos que sólo pueden ser inferidos a partir de las observaciones actuales.

La realidad en sí misma no es “cognoscible” dice Freud, cuya teoría complicaba adicionalmente, el problema kantiano del conocimiento exacto, pues venía a enfatizar la desconfianza del consciente como herramienta en sí misma, debido a que éste siempre está al servicio de las fantasías inconscientes. Cuando él (1925) reconoció que Schopenhauer y Nietzsche coincidían a menudo en sus opiniones con las conclusiones del psicoanálisis, se podría pensar que Freud se estaba refiriendo a que ambos autores sostenían la creencia de la existencia de un poderoso elemento inconsciente que crea al hombre tal cual es; en el caso de Nietzsche, bajo la forma de la voluntad de poder, esto es, una especie de impulso a estampar los significados subjetivos, en forma forzosa, en un conjunto de estímulos arbitrarios.

En un sentido práctico, Freud (1912) previno que la conciencia del analista podía ser un impedimento a su trabajo, y lo aconsejó de no seleccionar a partir del material del paciente, ni formular, sino proceder sin objetivo, admitiendo el sorprenderse, comportarse, en suma, “tan atemporalmente como el inconsciente mismo” (Freud 1918 pág. 10). “Como lo físico”, nos previene, “lo psíquico no es necesariamente en la realidad lo que nos parece ser” (Freud 1915). El yo, enfatiza Freud, no es amo en su propia casa. Tales argumentos, por supuesto, contrastan por otra parte con sus aseveraciones acerca de la confiabilidad de su nuevo procedimiento, para realizar observaciones científicas acuciosas y reconstrucciones de la verdad

histórica. Por cierto, tal como sus contemporáneos científicos, Freud adoptó una solución empirista al problema filosófico del conocimiento de la realidad, esto es, una metodología estandar que pudiera producir hechos replicables.

Como réplica a una imaginaria crítica en *La cuestión del análisis Profano* (Freud, 1926), plantea que el psicoanálisis ofrece un método de entrenamiento en una disciplina que puede minimizar el “factor individual” y provee datos confiables para la ciencia psicoanalítica. En dos de sus historias de casos, él hizo hincapié en proclamarse inocente de la atribución de aplicar al material clínico sus desarrollos teóricos. Por ejemplo, el (1918, pág. 12) escribe, “los lectores pueden en todos los casos, estar seguros de que estoy solamente reportando lo que encontré, a partir de una experiencia independiente, no influida por mis expectativas”. “El psicoanálisis”, plantea Freud en otro polémico punto, “es un método de investigación, un instrumento imparcial, mas bien como el cálculo infinitesimal”.

La preocupación de Freud acerca del problema de la realidad se refleja en su ensayo los “dos principios del funcionamiento mental” (1911), en el cual describe la supremacía del principio de la realidad por sobre el principio del placer. Debido al fracaso del principio del placer en producir una genuina satisfacción, a través de sus procedimientos alucinatorios solipsísticos, dice, el aparato mental “tiene que decidirse a desarrollar una concepción de las circunstancias reales en el mundo externo”. El lugar de la represión de las ideas dolorosas, “era tomado a través de un movimiento imparcial del juicio, el que tenía que decidir si una idea dada era verdadera o falsa- esto es, si estaba de acuerdo con la realidad o no”.

Con esta sentencia, pareciera en algún sentido, como si el ateísta Freud, simplemente hubiera reemplazado al Dios de Descartes -aquél que nos dio los sentidos y no nos engañaría, con la naturaleza como garante de nuestra habilidad de conocer la realidad. Freud argumenta en *El porvenir de una ilusión* (1927) que nuestro aparato mental se ha desarrollado precisamente en el intento de explorar el mundo externo y por lo tanto debe haber incorporado dentro de su estructura algunos rigurosos y precisos modos de operación. En este sentido, Freud extiende la posición empirista en una dirección moderna, enfatizando la obtención de resultados, logros, y predicciones, como medidas de la exactitud del heredado proceso de la prueba de realidad. Elaborada por Hartmann (1964) esta observación acerca de la armonización innata a una realidad promedio esperable, podría incluir el ambiente humano -la madre, quien es el ambiente para el niño.

La hipótesis de Hartmann acerca de los aparatos innatos de autonomía primaria, correlacionada con el concepto cuasi-biológico de adaptación, ofrecen la esperanza de una posible victoria del principio de realidad aún mas allá de lo que Freud pudo concebir. Incluso, esta innovación teórica de la psicología del yo, ha sido confirmada a través de la impactante conclusión de Rappaport (1957) de que el impulso representa la última garantía de la autonomía del yo -en suma, de humanidad- de una clase de esclavitud estímulo-respuesta al ambiente: “El comportamiento no es un esclavo del ambiente ya que esta dotado con impulsos que ascienden de su propia organización”. Aquí llegamos a una circularidad, los impulsos, dominados por el principio del placer y la fantasía inconsciente, la verdadera fuente de la sinrazón, llegan a ser un soporte crucial para la habilidad del yo de testear la realidad externa. Esto se ilustra paradójicamente a través del ejemplo de Rappaport del obsesivo severo, que corta los deseos inconscientes, carece de creatividad y flexibilidad, y a menudo sufre dudas paralizadoras acerca de las propias percepciones y recuerdos. Al mismo tiempo, las estructuras del yo requieren nutrición del ambiente para mantener su integridad en contra de las presiones de los impulsos.

Para Rappaport, a pesar de que poseemos aparatos de la llamada autonomía primaria, como el aparato perceptual, de alguna manera pre-sintonizados a la realidad externa (incluso a una realidad interpersonal de señalamiento afectivo, como argumenta Stern 1989) y, derivado de ellos, aparatos de autonomía secundaria, como la capacidad del yo (el principio de realidad) para evaluar el estatus de veracidad de la experiencia; la autonomía del yo es a fin de cuentas un concepto relativo. “Las funciones del yo” necesitan del no-yo, de los otros, tanto como de los impulsos u objetos. La adquisición del conocimiento, por ejemplo, requiere tanto del deseo de saber, que involucra la “curiosidad” con sus aspectos impulsivos, como de los deseos de gratificar los objetos primarios, como enfatiza Hartmann (1964).

Del mismo modo, Modell (1968) muestra que la capacidad de aceptar “ la realidad dolorosa” y la diferenciación del objeto a cambio del pensamiento mágico y una menos diferenciada subjetividad, depende

de relaciones de objeto tempranas satisfactoriamente mantenidas. Si extrapolamos lo anterior a desde la conceptualización abstracta a la especificidad de la técnica analítica, encontramos que en eso significa que seremos capaces de escuchar sólo aquello que somos libres de percibir, dentro del estado de nuestros propios temores y deseos distorsionadores de la realidad (lo que limita las posibilidades cognitivas inmediatas del analista) y que tendremos la capacidad aprendida para deducir a partir de los datos percibidos (los que dependen tanto de la investidura general del analista en la teoría y la conexión simbólica con sus objetos). La experiencia subjetiva de la realidad puede ofrecer una única clase de hechos al analista, como afirma Ferenczi. Tal como la noción de autonomía del yo en si misma, sin embargo, no existe independientemente de las poderosas fuerzas que la permiten y la constriñen.

De hecho, el concepto de principio de realidad no tiene nada que ver con la realidad objetiva, sino que se refiere simplemente a la capacidad del yo para determinar si un contenido mental dado deriva de una fantasía interna, mas bien que de una percepción externa. La creación de fantasías, insiste Freud (1911), permanece como una función del pensamiento librada del testeo de la realidad y subordinada sólo al principio del placer. “Como consecuencia de esta condición”, escribe, “aparece una conexión mas próxima, por un lado, entre el instinto sexual y la fantasía, y por otro lado, entre los instintos del yo y las actividades de la conciencia”. Este es el “punto débil” de nuestra organización mental, una parte esencial de la disposición mental a la neurosis, porque las ideas reprimidas rápidamente caen bajo el predominio del principio del placer. “De aquí, también” acota volviendo al problema clínico, “la dificultad de distinguir las fantasías conscientes de los recuerdos que se han vuelto inconscientes”.

Pudiera aparecer, en este sentido, un gran obstáculo para el analista, a pesar de que en este punto, la posición de Freud se mantiene en torno a la confianza de que el analista podría tomar esta determinación con precisión, en especial cuando el problema involucra fantasías sexuales reprimidas. Tal material es, después de todo, lo que el psicoanálisis es, o debiera ser en definitiva. Inevitablemente, dice Freud (1916, pág. 368) el paciente trae situaciones modeladas en sus experiencias sexuales infantiles y reporta la forma en que otros lo han tratado: “estamos inseguros al empezar de cuánto de lo que ocurre es realidad y cuanto fantasía. Posteriormente, somos capaces, a partir de algunas indicaciones, de llegar a algunas decisiones y luego nos enfrentamos a la tarea de transmitir las al paciente.”

Aunque estas observaciones acerca del análisis de las fantasías están muy cercanas a su propio razonamiento, Ferenczi insistía en el rol crucial que jugaba el objeto, esto es, la actitud del analista, en elicitar la verdad histórica. Por ejemplo, el asegura que los pacientes que desean saber la verdad, no pueden aprehenderla con convicción, si la actitud del analista es “fría y desafectada” (1923b, pág. 125). Freud, el investigador racional, respondió en una carta que el trauma puede ser deducido a partir de sus efectos. (Sabourin, 1985, pág. 155).

Debiera enfatizarse que Freud nunca intentó negar que los abusos sexuales ocurrieran. Mas bien, su preocupación parecía estar dirigida hacia los intentos del paciente de atribuir seducción a cierta clase de cuidado normal o típica, tales como bañar a un niño, y a los esfuerzos del paciente de construir lo que considera fundamentalmente como fantasías innatas, como la castración, sobre la base de incidentes relativamente inocuos. Ferenczi (1923a, pág. 189), por el contrario, percibía el trato del niño como el eje del problema. “Es indudablemente dañino para el niño”, dice, “si perezosas e inescrupulosas nodrizas usan la estimulación masturbatoria de los genitales para hacer dormir al niño”. El abuso de niños de muchas formas distintas, notaba Ferenczi, es muy común.

REALIDAD INTERPERSONAL

Ya en este punto, debe ser evidente que el problema de la adquisición de un conocimiento exacto de la realidad externa, para el psicoanálisis va más allá de una primaria etapa de aprendizaje, en la que se separan los deseos de las percepciones o las fantasías de los recuerdos (Hartmann 1964). El tema crucial se relaciona con cómo el niño aprende a interpretar el comportamiento de los otros. La interpretación de intenciones, por supuesto, no es simplemente un tema de ensayo y error sino que depende del proceso intersubjetivo de como las cosas son habladas y explicadas al niño. A través de tales intercambios, un plexo de referencias compartidas y conceptos acerca del comportamiento, se adquiere a partir de los objetos

primarios, quienes transmiten versiones de esquemas familiares constituyendo lo que Putnam (1981) ha llamado lo “interpersonalmente razonable”.

Nuestra habilidad para comprender las intenciones debe ser “reconstruida a partir del proceso de socialización, del manejo de la absorción de los contextos comunes de la tradición” (Habermas 1971, pág. 313). La realidad psíquica y la realidad histórica están, por lo tanto inextricablemente entrelazadas, lo psíquico dependiendo para su estructura de los términos provistos por una historia interpersonal compartida y lo histórico reflejando la realidad psíquica de otras personas que han tenido al niño por objeto. Por esta razón, propone Habermas, la neurosis “es reductible a una teoría de las desviaciones en la habilidad comunicativa” (Op.cit., p.511), lo cual puede simplemente significar que la ausencia o incompetencia de la tradición hablada referente a una realidad psíquica (como la realidad del deseo sexual adulto a la que se refiere Ferenczi) produce una realidad histórica que no puede ser aprehendida o interpretada por el niño.

Las preguntas acerca de los motivos e intenciones de los otros hacia el niño son una parte inevitable de cada análisis. ¿Amó la madre mas a la hermana y resintió profundamente las demandas propias de la edad del paciente?, ¿Prefirió ella el confort del paciente por sobre el del padre?, ¿Fue el niño culpable y se sintió asustado por la gentileza del padre? o ¿Disfranzaba esta gentileza una clase de fantasía cruel escenificada con el objeto-niño, a la cual éste se sometía? El mismo comportamiento explícito que representa un cuidado inocuo por parte de un padre, puede disfrazar un uso explotatorio del niño en el otro, una experiencia para la cual el niño no tiene parámetros y debe desconocer o mal interpretar.

En el análisis, un paciente con esta historia puede repetir un modo de obediencia norelacional o mal interpretar las útiles intervenciones del analista como intrusivas y dañinas, como enfatiza Modell (1991). Ambos, Freud y Ferenczi (1932a, pág. 258) creían que el problema por parte del analista era determinar “¿cuanto (de lo que es reproducido en el análisis) es fantasía y cuanto realidad?”. Desde este punto, sus caminos divergen. Ferenczi cuestionó radicalmente el propio conocimiento experto del analista como guía, preocupado de que su privada certeza no se transformara en un obstáculo para la verdad; mientras Freud, no limitado por la búsqueda de Ferenczi de lo que fue realmente hecho al niño, se volvió hacia una solución empirista, alejada de los hechos históricos objetivos y más cercana a una noción comprensiva de la realidad psíquica.

En la nueva formulación de Freud, el problema de si se trataba de fantasía o de experiencia real se volvió menos crucial, incluso irrelevante. “La respuesta a esta pregunta no es de hecho un tema de mucha importancia. Un niño se agarra de su experiencia (filogenética) allí donde sus propias experiencias le fallan (1918, pág. 97). El llena los vacíos de la realidad histórica individual con verdades prehistóricas heredadas. En este sentido, Freud se acercó hacia lo que consideró el fundamento de la realidad biológica sobre la cual la realidad psíquica de cada persona esta sustentada. Tal realidad incluye las formas inherentes del complejo de edipo, la ansiedad de castración, y los deseos bisexuales. Debido a que se transforma en la primera tarea del analista el traerlas a la conciencia del paciente, la importancia de discernir la verdad histórica aparece minimizada. La respuesta de Ferenczi a este movimiento fue ad hominem. Mientras el mismo (1928, pág. 72) había acentuado la deshonestidad “incluso de los padres más respetados” en su manejo con los niños, Freud nos recuerda, que ha descubierto que los histéricos mienten. “Debido a esta desilusión”, Ferenczi (1932, pág.

93) argumenta, “existe muy poca conversación acerca del trauma, la constitución comienza ahora a jugar el rol principal.... Después de la moda psicológica, Freud ha aterrizado de nuevo en el materialismo de las ciencias naturales. No ve casi nada en lo subjetivo, excepto la superestructura de los físico”.

REALIDAD Y REALIDAD PSÍQUICA.

Volvemos aquí a la pregunta hermenéutica acerca de la naturaleza del conocimiento psicoanalítico. Freud sostiene que las propiedades formales del pensamiento tienen un isomorfismo con las propiedades del mundo real. Carus (1902, pág. 206) establece bien este punto “Nuestra constitución mental, aunque es una construcción subjetiva, está construida con materiales extraídos a partir de las uniformidades formales de la naturaleza objetiva”. ¿Puede esta persuasiva noción de un isomorfismo de nuestras categorías formales de la experiencia perceptual con la realidad externa, ser aplicada al psicoanálisis?. Si nuestras capacidades de

auto-reflexión y los deseos y temores que son su objeto, son hechos psicológicos basados en las propiedades de la mente como una parte del universo natural y no aspectos de alguna sustancia espiritual cartesiana, ¿no podría un “agrupamiento científico de los datos de la introspección” (Ferenczi 1928a) reflejar acuciosamente la realidad psíquica? Las posiciones de estos dos hombres parecen articularse alrededor de esta pregunta.

Freud sostenía que la realidad psíquica refleja la estructura de una realidad biológica alterada por el proceso de la represión, pero recuperable a través del examen de los reportes del sujeto en análisis. En este marco de trabajo analítico, existe un interjuego entre la formulación inductiva de conceptos generales y su aplicación deductiva a los datos. Probablemente Ferenczi y Freud estarían de acuerdo en que existe una cosa tal como el conocimiento psicoanalítico para ser aplicado, ya sea en la forma de formulaciones teóricas como el complejo de edipo; hechos empíricos (por ejemplo, los efectos comunes del incesto); o a lo podría llamarse, siguiendo a Modell, hechos intersubjetivos, (por ejemplo, saber que estamos aburridos y no-relacionados).

Lo que no podemos saber, sin embargo, es cómo nuestro intento de aplicar estos “hechos” reformará la realidad psíquica, esto es, cómo la nueva experiencia del analizando interactuará con su pasado. Lo que es importante para el analista no es el hecho en sí mismo, “sino el significado que el hecho ha asumido en la historia subjetiva” (Ricoeur, 1970, pág. 364). Esta incertidumbre es inherente al concepto de Freud de *Nachträglichkeit* y ayuda a explicar su conclusión científicamente desilusionante, de que no puede haber predicción del comportamiento humano sino solo comprensión retrospectiva de una serie complementaria de causas. Donde sea que resida la validez del psicoanálisis, la realidad psíquica del sujeto se mantiene indeterminada, y esto porque el sujeto en sí mismo es indeterminado, es decir, no es una cosa que pueda ser conocida exactamente. Como advierte Carus (1902, pág. 221), debemos ser cautos al tratar “unidades conceptuales como objetividades concretas”. La noción del sujeto como algo que se conoce como una entidad natural, es un error.

TEORÍA Y PRACTICA

Las diferencias teóricas pueden llevar ciertamente a alteraciones en la metodología, es decir, en qué es importante buscar y cómo proceder a encontrarlo. Los experimentos de Ferenczi con el análisis mutuo y el contacto físico como forma de identificar y reparar el trauma, reflejan claramente sus intereses en este sentido. Por otra parte, el énfasis de Freud (1937) en la imposibilidad última de analizar el núcleo biológico de las fantasías en Análisis terminable e interminable refleja su conservadora técnica. En un sentido, uno podría decir que la concepción Ferencziana del completo conocimiento del analista de la verdad histórica (del trauma) del paciente, era casi lo opuesto a la noción Freudiana.

A través de la “inmersión en el pasado traumático” (Sabourin, 1985, pág. 165) el analista Ferencziano permite al paciente revivir partes escindidas de su propia experiencia temprana y comenzar un proceso curativo -“el impulso para una nueva vida”. Para Freud, por otro lado, el paciente debe asumir responsabilidad por la verdad psicológica de sus fantasías reveladas a través del análisis, y aceptar, en último término, su renunciación. Hoffer (1991) observa que esta diferencia marca un punto de bifurcación para las teorías psicoanalíticas, dependiendo de si el énfasis es puesto en la recuperación de los eventos traumáticos de la infancia como constitutivos de la realidad personal, como quizás algunos partidarios de la psicología del self o algunos teóricos interpersonales creen, o si esta puesto sobre la interpretación de las fantasías inconscientes las cuales han estructurado la experiencia para crear una realidad psíquica, como en Melanie Klein.

Aceptando la validez histórica de este contraste, no encuentro útil en este punto, enfatizar una distinción entre dos vertientes entrelazadas de la teoría psicoanalítica, las cuales al fin y al cabo deben ser complementarias, cada cual contribuyendo con algo esencial a la cuestión de la verdad psíquica, para la cual ninguna de las dos sería por sí sola suficiente. Un sujeto reactivo, determinado por las condiciones de su ambiente interpersonal, es un sujeto esclavo, como muestra Rappaport, un esclavo de los estímulos de los programas de reforzamiento, que lo atarán a los otros con lazos inquebrantables. Por el contrario, un sujeto autónomo cuyo conocimiento de los otros deriva solamente de las proyecciones de sus propios deseos y fantasías, sería esencialmente autista, incapaz de compartir cualquier realidad consensual con los otros, como describe Modell (1968). Llevada a cualquiera de estas dos posiciones extremas, la búsqueda de una explicación causal rigurosa se revela imposible.

Aún concediendo que dentro del marco psicoanalítico es posible, y algunas veces deseable, adoptar un modelo de investigación científica (como en la detección de signos y síntomas empíricamente asociados al abuso sexual), el enfoque de las ciencias naturales puede ser extendido solamente con gran dificultad y en una forma muy limitada, a la exploración de la realidad psíquica. La analogía hermenéutica, aplicada a la investigación histórica, parece más útil aquí. Mientras uno puede hablar de metodologías históricas que pueden descubrir los hechos específicos o resolver un problema específico, como descifrar un texto ilegible, tal como apunta Gadamer (1989,

p. 266), el objeto de la investigación histórica no es un fenómeno de la naturaleza que existe con independencia del hombre, sino un proceso en el cual el investigador mismo se inserta. “Aún en las ciencias interpretativas”, escribe, (p. 282) “el que realiza la comprensión no puede nunca reflejarse fuera de la involucración histórica de su propia situación, de modo que sus interpretaciones no llegan a ser por sí mismas, parte de la materia tratada”.

Habermas (1970, p. 303) está de acuerdo en que somos “participantes interesados y no podemos escapar al rol de partner reflexivo complementario”. Debido a que la reconstrucción psicoanalítica implica un proceso de tal intersubjetividad, argumenta, su exactitud puede ser determinada sólo a través de “ las comunicaciones subsecuentes entre el investigador y su objeto” (p. 261), no a través del consenso entre los investigadores (como en la ciencia natural). Mientras Gadamer acepta que el psicoanálisis puede ser tanto una empresa hermenéutica como científica, Habermas cree que cualquier intento por aplicar principios causales al psicoanálisis es engañoso. Para que una interpretación sea considerada válida, dice, siguiendo cercanamente a Freud, sólo el futuro progreso del análisis como un todo puede servir como evidencia.

Aunque aparentemente creyendo en la posibilidad de una verdadera “comprensión explicativa” obtenida a través de la auto-reflexión, Habermas (1971), parece más cercano a acogerse a la idea de la eficacia terapéutica como criterio de validez. El, por lo tanto, se acerca al enfoque pragmático de la posición “anti-realista” desarrollada por Rorty (1979). Para Rorty, la comprensión psicoanalítica se relaciona con lo que tiene sentido y resulta útil para las partes concernientes, y no con el descubrimiento de hechos (ningún observador externo puede verificar la verdad, aunque la prevalencia de las fantasías específicas y su forma de expresión hayan sido empíricamente validadas).

En la versión de Steele (1979) de la posición hermenéutica, argumenta contra Freud que hacer una reconstrucción del pasado no es como desenterrar un artefacto arqueológico, esto es, descubrir algo que tiene existencia independiente, sino algo parecido a la reinterpretación de una historia dentro de un nuevo marco de explicación. La analogía de Freud pareciera tener cierto mérito, sin embargo, sólo hasta el punto en que los eventos recuperados hayan efectivamente ocurrido (la posición “realista”). Algunas veces, por supuesto, los eventos pasados pueden ser confirmados por evidencia independiente, tal como la función histórica de un artefacto podría ser comunicada consistentemente por varios observadores. Muchas experiencias infantiles son obviamente de este tipo -una enfermedad, un nacimiento, un abuso sexual. En otros casos, los recuerdos, fragmentos externos de evidencia, testimonios, etc. son vagos y poco concluyentes, y cualquiera sea la convicción acerca de lo que verdaderamente pasó o pudo haber pasado en el momento en que se originaron los recuerdos/objeto, aparecen solo tentativamente a partir del interjuego y la dinámica del trabajo interpretativo. En ambos casos, sin embargo, nuestro más riguroso intento para comprender el sentido del artefacto o el evento esta necesariamente limitado cultural e históricamente. En la formulación de Gadamer (1989, p. 267) “aceptamos el hecho de que el contenido se presenta a sí mismo históricamente bajo distintos aspectos, distintos tiempos o a partir de distintos puntos de partida”.

Es, sin embargo justamente esta incerteza de la comprensión en el análisis lo que genera realmente los problemas. Incluso más allá de esto, quizás, es el riesgo de la coerción o de la sugestión en el intento por obtener una comprensión histórica (Habermas 1989). En el contexto analítico, Ferenczi (1933) señaló que el paciente, perdiendo el sentido de qué es verdad acerca de sí mismo, es susceptible de percibir al analista como la máxima autoridad. Por esta razón, afirmó, el paciente puede experimentar el comportamiento típico del analista como una clase de ataque, recreando así el trauma. Ferenczi acusó a los analistas de no aceptar verdaderamente a sus pacientes, e incluso sentir desagrado por ellos. Como alternativa, propuso que el analista mostrara preocupación, una “sincera simpatía”, y que incluso admitiera sus errores como una forma de ayudar al analizando a recuperar el sentido de su propia realidad, más que someterlo al analista-agresor.

Tal línea de conducta, menciona, a menudo permite abrir un camino para la recuperación de la realidad infantil que fue dañada a raíz del trauma sexual.

Un niño cuyos tiernos sentimientos han recibido como respuesta una pasión sexual, dice Ferenczi, ha perdido la confianza en las percepciones de sus propios sentidos. Al mismo tiempo, sus experimentos en técnica le enseñaron una paradoja, a saber, que el paciente cuyo análisis depende en último término de la relación entre dos sujetos iguales, puede tratar al analista como un objeto, y, a la inversa, parece desear que el analista no se relacionara con él como sujeto sino para repetir algún antiguo patrón de objetificación. Además, nos dice, esto es inevitable. Es lo que el paciente realiza inconscientemente y re-escenifica en el tratamiento sin saberlo.

En sus experimentos terapéuticos, Ferenczi esperaba superar las limitaciones de su propia temática inconsciente y de los deseos transferenciales de repetición de sus pacientes (uno podría decir, de la voluntad de poder de ambos participantes en el encuentro analítico). En este punto, me parece que en sus esfuerzos por ser curador y liberador, se vio atrapado en una contradicción. Deseando restaurar la realidad subjetiva y la verdad histórica, escindidas a raíz de la aceptación de la realidad del agresor, desarrolló en su “técnica activa” lo que posteriormente reconoció como un enfoque agresivo. Subsecuentemente, trató de liberar a los analizandos de la sumisa transferencia a través del enfoque llamado de “indulgencia” y otras técnicas.

Con estos métodos, Ferenczi necesariamente impuso su propia subjetividad, su propia versión psicoanalítica del amor, como si creyera que podía restaurar los fragmentados yoes de sus pacientes a través de el amor no contaminado por sus deseos inconscientes, y restablecer la integridad en ellos de la que el mismo carecía. Quizás esta es la fuente de su insistencia en la recuperación del trauma. Evitando la falsedad de un rol científico omnipotente, Ferenczi buscaba encontrar el verdadero ser histórico del individuo, revelado en la honestidad de una relación igualitaria. En esta búsqueda, puede haber sido víctima de la falacia de tratar al sujeto como una “entidad concreta”, mostrando lo que Putnam (1981) llama “realidad independiente del discurso y autoidentificatoria”. Quizás no podía aceptar por completo el status único de la realidad psíquica como una abstracción -como el Yo mismo-, ni tampoco las limitaciones inherentes a la situación analítica como una amalgama de motivaciones inconscientes, formadoras y a su vez formadas a través del encuentro intersubjetivo.

Si los experimentos de Ferenczi lo llevaron a un impasse, como he argumentado, los comentarios de Modell (1990) acerca de la retranscripción, nos ayudan a apreciar sus últimas contribuciones a la técnica. Ferenczi deseaba que el analista, en efecto, supliera las perdidas respuestas frente a un conjunto de experiencias traumáticas de forma que pudiera disponerse de ellas para su integración. A través de la re-experienciación en el análisis, la escisión del Yo causada por la necesidad de negar los aspectos dolorosos de la realidad podía ser sanada, o al menos, mediatizada con memorias significativas mencionando lo que fue hecho al paciente y cómo éste respondió. De esta manera, el analista participa activamente en la restauración de la “habilidad comunicativa” (Habermas 1971). En los términos de Modell, el proceso del análisis no restaura simplemente las tempranas relaciones de objeto de modo de que éstas puedan ser interpretadas por lo que fueron, sino que provee un diálogo a través del cual la realidad psíquica puede ser rotulada y hablada. La construcción analítica, argumenta, es un proceso conjunto en el que el paciente gana una oportunidad de retranscribir una historia personal, no el acceso a un pasado objetivo.

Al focalizarse en la dimensión sanadora de la relación terapéutica, Ferenczi expande las implicaciones del descubrimiento de Freud de que la significación de los eventos pasados puede ser modificada a través de la adquisición de nuevas experiencias en la transferencia. Posiblemente, el temor de Freud de usar la sugestión y su compromiso de por vida con su temprano modelo de la psiquis como un sistema homeostático gobernado principalmente por tensiones pulsionales (Mackay, 1989), limitó su apreciación de la importancia de la relación analítica en sí misma como un vehículo para el cambio.

A pesar de que puede no haber practicado siempre la indiferencia de la cual Ferenczi lo acusa, Freud en el Outline, (1940) parece asumir la posición de que la tarea principal del analista es la de superar las resistencias de modo que el paciente acepte el conocimiento y las construcciones ofrecidas. Preocupado aún en este ensayo positivista debido a su conciencia de la “ecuación personal” de la propia subjetividad del observador y la falta de acuerdo entre los analistas, Freud puede haberse creado un impasse al insistir que el problema era la falta de entrenamiento e investigación. La reformulación de Modell acerca del significado de la repetición en la transferencia, por otro lado, sugiere que no existe la verdad última acerca del sujeto, ninguna realidad “apodíptica”

que descubrir o restaurar. El entrecruzamiento de los “hechos” psíquicos e históricos forman la estructura de un sujeto que no es una unidad sino un sistema abierto, continuamente redefinido a partir de las nuevas experiencias y reinterpretaciones del pasado, las que a su vez pueden iluminar episodios previamente olvidados o desatendidos. Debido a que el sujeto es un sistema abierto, no existe “realidad originaria” que recuperar, sólo un conjunto de eventos históricos de naturaleza más o menos universal cuyo significado ha sido estructurado subjetivamente y que pueden ser reconfigurados en el encuentro analítico.

En este proceso, yo creo que los analistas, como los historiadores, persiguen criterios de falsificaciones más de lo que Popper admite, tanto como, a mayor escala, intentan refutar o modificar los postulados teóricos de sus colegas. Por ejemplo, pareciera existir un creciente consenso en torno a que un énfasis exclusivo ya sea en el trauma o en la fantasía es insatisfactorio y de que el reconocimiento del trauma por parte del analista es necesario para la elucidación de sus determinantes subjetivos. Ciertamente, uno coincide con Freud (1937) que el análisis involucra una búsqueda de la verdad en un grado en que aspira al conocimiento completo de cómo trabaja la mente, que depende de la experiencia para producir convicción, y depende para su validez de una comunidad de investigadores pares que acepten los principios generales de la ciencia moderna (como en contra de la astrología, en el bien conocido ejemplo de Popper). Al mismo tiempo, aceptamos - al ritmo de Freud- que el psicoanálisis no puede ser una ciencia. Debido al Nachträglichkeit

, la realidad psíquica no es una entidad fija que pueda ser estudiada objetivamente ya que esta constantemente cambiando, no sólo en respuesta a los nuevos significados adquiridos en el proceso social o intersubjetivo sino debido a que algo dentro de nosotros constantemente nos empuja a comprometernos con otros en nuestros deseos. Por esta razón, Freud y Ferenczi no podían tener éxito en sus respectivas búsquedas de asir la verdad histórica y la realidad psíquica.

En sus controversias acerca de la técnica, Freud y Ferenczi debatían temas cruciales acerca de las limitaciones y potenciales riesgos de la situación psicoanalítica, cuyas dificultades inherentes surgen a partir de la ambigüedad fundamental de cualquier intento de interpretar los significados históricos. Finalmente, la búsqueda por conocer o reproducir exactamente la realidad histórica dentro de la situación analítica, representa un deseo subjetivo o fantasía inherente en las realidades psíquicas de ambos participantes. A este respecto, yo creo, que Freud aceptó la necesaria frustración del deseo del analista por saber y curar. Encerrando al analista en un intenso autoescrutinio, que posee el riesgo de rayar a veces en la abstinencia más que en el diálogo genuino, como Ferenczi advirtió, Freud afirmó la inviolabilidad de la propia realidad del paciente. Para bien o para mal, es el paciente quien utilizará la presencia del analista, las expresiones afectivas, y las interpretaciones para retranscribir su propio pasado psíquico.

REFERENCIAS

- Carus, P. (1902) Essay on Kant's philosophy. In Prologemena, de. E. Kant. Lasalle, Illinois: Open Court, 1988.
- Ferenczi, S. (1928a) The adaptation of the family to the child. In Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint. London: Maresfield Reprints, 1955, pp. 61-76.
- (1928b). The elasticity of psychoanalytic technique. In Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint. London: Maresfield Reprints, 1955, pp. 87.101.
- (1929). The unwelcome child and his death instinct. In Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint. London: Maresfield Reprints, 1955, pp. 102-107.
- (1932a) Notes and fragments. In Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint. London: Maresfield Reprints, 1955, pp. 216-279.
- (1932b) The Clinical Diary, de. J. Dupont. Cambridge: Harvard Univ. Press, 1988.
- (1933). Confusion of tongues between adults and the child. In Final Contributions to the Problems and Methods of Psychoanalysis, de. M. Balint. London: Maresfield Reprints, 1955, pp. 156-167.
- Freud, S. (1911) Two principles of mental functioning, S.E. 12.
- (1912). Recommendations to physicians practising psychoanalysis. S.E. 12.
- (1915) The unconscious. S.E. 14.
- (1916) Introductory Lectures on Psychoanalysis. S.E. 16.

- (1918) From the history of an infantile neurosis S.E. 17.
- (1925). An Autobiographical Study. S.E. 16.
- (1926) The Question of Lay Analysis. S.E. 20.
- (1927). The Future of an Illusion. S.E. 21
- (1937). Analysis terminable and interminable. S.E. 23.
- (1940). An Outline of Psychoanalysis. S.E. 23.
- Gadamer, H.G. (1967) The historicity of understanding. In *The Hermeneutics Reader*, ed. K. Mueller-Vollmer. New York: Continuum, 1989.
- Gould, S. (1992). Personal communication
- Grünbaum, A. (1984). *The Foundations of Psychoanalysis. A Philosophical Critique*. Berkeley: Univ. California Press.
- Habermas, J. (1970). Hermeneutics and the social sciences. In *The Hermeneutics Reader*, de K. Mueller-Vollmer. New York: Continuum, 1989.
- (1971). *Knowledge and Human Interests*. Boston: Beacon Press.
- Hanly, C. (1990) Truth in psychoanalysis. *Int. J. Psychoanal.* 71: 375-384.
- Hartmann, H. (1964). Notes on the reality principle. In *Essays on Ego Psychology*. New York: Int. Univ. Press, pp. 241 - 267.
- Hoffer, A. (1991) The Freud-Ferenczi controversy__a living legacy. *Int. Rev. Psychoanal.*, 18: 465-472.
- Hopkins, J. (1982) Introduction: Philosophy and Psychoanalysis. In *Philosophical Essays on Freud*, de R. Wolheim & J. Hopkins. Cambridge: Cambridge Univ. Press, pp. vii-xiv.
- Kuhn, T. (1962) *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: Univ. Chicago Press. Mackay, N. (1989) *Motivation and Explanation: An Essay on Freud's Philosophy of Science*. Madison, Conn: Int. Univ. Press.
- Modell, A. (1968). *Object Love and Reality*. New York: Int. Univ. Press.
- (1990). *Other Times, Other Realities*. Cambridge: Harvard Univ. Press.
- (1991). A confusion of tongues or whose reality is it? *Psychoanal. Q.*, 60: 227-244.
- Nagle, T. (1959). Methodological issues in psychoanalytic theory. In *Psychoanalysis, Scientific Method, and Philosophy*, ed. S. Hook. New York: New York Univ. Press, pp. 38-56.
- Pierce, C. S. (1931-35) How to make our ideas clear. In *Collected Papers*, ed. C. Hartshorne & P. Weiss, Volume 5: 407. Cambridge: Harvard Univ. Press.
- (1955). The scientific attitude and fallibilism. In *The Philosophic Writings of C.S. Pierce*, de J. Buchler. New York: Dover Press, pp. 42-60.
- Popper, K. (1963). *Conjectures and Refutations*. New York Basic Books, 1969. Putnam, H. (1981) *Reason Truth and History*. Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- (1987). *The Many Faces of Realism*. LaSalle, Illinois: Open Court.
- Rapaport, D. (1957). The theory of ego autonomy. In *Collected Papers*. New York: Basic Books, 1967.
- Ricoeur, P. (1970). *Freud and Philosophy*. New Haven: Yale Univ. Press.
- Rorty, R. (1979). *Philosophy and the Mirror of Nature*. Princeton: Princeton Univ. Press. Sabourin, P. (1985). *Ferenczi: Paladin et Grand Vizir secret*. Paris: Editions Universitaires. Spence, D. (1982). *Narrative Truth and Historical Truth*. New York: Norton Steele, R
- (1979). Psychoanalysis and hermeneutics. *Int. Rev. Psychoanal.*, 6: 389-411.

Instituto de Desarrollo Psicológico. INDEPSI. LTDA.

ALSF-CHILE